

## Angustia y vacío existencial: reflexiones desde Hans Urs von Balthasar

Damián Oyola Ramos,  
Escritor potosino,  
damito-fil-@hotmail.com

*La angustia aparece con el vacío, y la Redención de Cristo no suprime este vacío. Es verdad que trae la plenitud de Dios, pero la trae introduciéndola en la forma de ese vacío. Está escrito del Redentor que se vació, que se entregó al vacío<sup>1</sup>.*

### Introducción

En mis correrías libreas, desde luego siempre fascinantes, estas más que las anteriores, en cierta ocasión me topé con un pequeño ejemplar, llamativo por la portada más que nada en ese primer momento. Un librito de pocas páginas a decir verdad, pero la faz de la fotografía del hombre que aparecía en el frontispicio le infundía un aire señorial entre la inmensidad de libros a medio uso de aquel lugar. Con la mano en la mejilla derecha y detrás de los cristales de las gafas, estaba aquella mirada perdida en alguna extraña órbita de la realidad o incluso fuera de ella. Una corbata sencilla a rayas sobre la camisa blanquecina e impoluta y el saco oscuro, todo sobre un fondo difuminado de libros. Sí, era el extraordinario teólogo Hans Urs von Balthasar.

Sabía que la obra del gran suizo era vasta y demasiada erudita para mis menguados conocimientos, incluso mucho más ingenuos de lo que son ahora mismo. Había oído hablar con frecuencia en mis clases de teología de este teólogo, me había acercado con pavor y cierto temblor a esa fascinante trilogía:

---

<sup>1</sup> Hans Urs VON BALTHASAR, *El cristiano y la angustia*, Caparrós, Madrid 1998, 96.

*Teoestética, Teodramática y Teológica*. En realidad el librito que adquirí en aquella ocasión es una obra menor dentro del vasto trabajo de von Balthasar; no por nada los entendidos han entrevisto en su labor teológica al inefable doctor angélico. Sólo tal vez por eso *El cristiano y la angustia*, que es la obra en cuestión, estuvo descansando el sueño de los justos por mucho tiempo entre mis preciados libros, pero de vez en cuando me asaltaba la inquietud de aquella misteriosa mirada, acaso del hombre frente a la angustia.

Ahora bien, mucho tiempo después y luego de haber reflexionado la relación estrecha de la angustia y el vacío existencial que desarrolla en ese reducido ensayo von Balthasar, pienso que sus aportes pueden iluminar el vacío existencial del hombre de hoy. Para lo cual seguiremos de cerca estas sesudas reflexiones del estupendo teólogo suizo, aunque no ciertamente a pie juntillas. Hemos dividido nuestro esfuerzo en tres apartados. Empezaremos por acercarnos al concepto de angustia desde la Palabra de Dios, luego profundizaremos en la postura de Dios respecto a la angustia; pasaremos enseguida a la esencia de la angustia y allí nos toparemos con el vacío existencial. Ya en el último apartado de nuestra labor nos introduciremos dentro de esas densas tinieblas de vacío existencial que envuelven a nuestros días, para ser capaces, desde esa realidad escabrosa, entrever las luces que nos guían a la claridad de Dios. Comencemos pues.

## 1. La angustia en la Biblia

Desde los esfuerzos de Aristóteles y de santo Tomás, y este último sólo en algún momento en el tratado de las pasiones, no ha habido un acercamiento serio al hecho de la angustia en el hombre, hasta la aparición en escena de aquel extraño danés, Sören Kierkegaard con *El concepto de la angustia*. Afirma

Hans Urs von Balthasar que el estudio de este pensador fue “[...] el primer y último intento por dominar teológicamente este tema”<sup>2</sup>. Este inicial acercamiento desató una polvareda que devino en toda esa corriente existencial que se parapetó desde Kierkegaard hasta Freud, y de éste a Heidegger, y que produjo esa increíble marejada de angustia cósmica y existencial<sup>3</sup>.

Si bien el punto de arranque del pensador danés fue encaminado con entusiasmo desde la filosofía y la psicología, von Balthasar detecta una ausencia del abordaje en serio desde la teología, frente a los fuertes aspavientos de la angustia del hombre moderno. Esta ausencia de los teólogos fue llenada, como siempre, por los poetas<sup>4</sup>, y a nuestra humilde opinión descuella entre ellos el escritor francés Georges Bernanos. A menudo me pongo a pensar en ese semblante angustiado y atemorizado de aquel cura que aparece en *Diario de un cura de campo*. La perplejidad del protagonista frente a esta realidad es inquietante: “Esta desolación vergonzosa era tan grande que yo no podía menos que gesticular”<sup>5</sup>. En todo caso, como lo dijo en su momento el mismo Balthasar, su labor no se reducía a continuar el camino andado por Kierkegaard, sino ante todo, ofrecer algunas luces para el itinerario del hombre de su tiempo. Y el camino que seguimos desde la teología, no puede dejar de beber de la fuente primaria como es la Palabra de Dios. En este emprendimiento será de vital importancia no incurrir en dos extremos, por un lado el fatalismo que en todos los flancos se topa con ruina, y por el otro, la cobardía para afrontar la realidad del presente<sup>6</sup>, de tal manera que “[s]alvándonos tanto de esa

<sup>2</sup> *Ibid.*, 27.

<sup>3</sup> Cf. *ibid.*, 28.

<sup>4</sup> Cf. *ibid.*, 28-29.

<sup>5</sup> Georges BERNANOS, *Diario de un cura de campo*, Zig-Zag, Santiago de Chile 1953, 125.

<sup>6</sup> Cf. Hans Urs VON BALTHASAR, *El cristiano y la angustia*, op. cit., 29.

falsa inclusión cuanto de ese falso escape, no nos queda más que intentar percibir la exacta palabra de Dios sobre ese mismo objeto que tanto agita nuestro tiempo, pero no para archivarla, sino esforzándonos por comprenderla y apoderándonos de ella mirando a nuestro «aquí» y «ahora»<sup>7</sup>.

En el Antiguo Testamento el radical ארי puede traducirse como tener miedo u honrar; y en unos siete casos se usa el término דפח para indicar la acción de temblar<sup>8</sup>. Ahora bien, en griego estas “dos raíces principales hebreas se traducen principalmente mediante el grupo φοβ-”<sup>9</sup>. Así φόβος (*fobos*) indica temor, aludiendo a tener miedo. El uso general dentro del Nuevo Testamento es de unas 158 veces, ya sea para indicar el temor de los individuos o del pueblo<sup>10</sup>. El vocablo hebreo, צַר (*tsar*), que bien se puede traducir por angustia, se utiliza para indicar escasez o la aflicción que de ella sobreviene; es el sentimiento de consternación (cf. Jb 7,11), es el término que se utiliza para describir condiciones angustiantes (cf. Is 5,30) y es el matiz utilizado con frecuencia<sup>11</sup>. Entre otros vocablos bíblicos, sin ser exhaustivos –fuera de nuestro alcance y además de no estar contemplado entre los límites de nuestro esfuerzo para este artículo– por supuesto, que se traducen por angustia, o incluso términos dentro del campo semántico, podemos indicar estos:

- συνοχή (*synojé*), que bien puede traducirse como prisión o angustia; en tal sentido es la ansiedad o desesperación que

<sup>7</sup> *Ibid.*, 29-30.

<sup>8</sup> Cf. Gerard KITTEL – Gerhard FRIEDRICH, *Compendio del Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, Desafío, Michigan 2002, 1258.

<sup>9</sup> *Ibid.*, 1259.

<sup>10</sup> Cf. *ibid.*, 1261.

<sup>11</sup> Cf. William Edwy VINE, *Diccionario expositivo de palabras del Antiguo y Nuevo Testamento exhaustivo*, Caribe, Nashville 1999, 24.

resultan de la presión de la batalla o de los infortunios cósmicos, como los eclipses. En Jeremías y en Miqueas significa aflicción, conforme a la traducción de la LXX, que a decir verdad es poco común (cf. Jer 52,5 y Mi 4,14). En el Nuevo Testamento la encontramos en dos ocasiones: la usa Pablo para indicar la aflicción sufrida en razón de la hostilidad en Corinto (cf. 2 Cor 2,4), y Lucas para denotar la ansiedad que generan las señales del desastre (cf. Lc 21,25)<sup>12</sup>.

- ὀδύνη (*odyne*), se puede traducir en dos sentidos. Por un lado significa dolor físico; pero también puede significar angustia mental. De hecho en el uso de la LXX este término revela un profundo pesar del alma; podemos indicar pasajes como Zc 12,10; Is 38,15; Am 8,10; Pr 17,25; Ez 21,11. Ya en el Nuevo Testamento san Pablo utiliza este término en Rm 9,2, aplicado a su propio sufrimiento al constatar que los de su nación han quedado privados de la salvación; en la primera carta a Tm 6,10 este término va referido al dolor de conciencia que se suscita en aquellos que abandonan la fe; en Lucas y Hechos encontramos en cuatro ocasiones el término para sufrir dolor o estar angustiado (cf. Lc 4,28; 16,24; 16,25 y Hch 20,38)<sup>13</sup>.

- ἀδημονέω (*ademoneo*), indica estar angustiado de gran manera, se utiliza para describir la angustia, esto es una profunda emoción, por ejemplo la de Jesús en Getsemaní (cf. Mt 26,37; Mc 14,33); en Flp 2,26 también Pablo lo utiliza en este sentido<sup>14</sup>.

- θλίβω (*thlibo*), denota estar atribulados, atribularse o sufrir aflicciones; referidos al sufrimiento a causa de la presión

<sup>12</sup> Cf. Gerhard KITTEL – Gerhard FRIEDRICH, *Compendio del Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, op. cit., 1098.

<sup>13</sup> Cf. *ibid.*, 658.

<sup>14</sup> Cf. William Edwy VINE, *Diccionario expositivo de palabras del Antiguo y Nuevo Testamento exhaustivo*, op. cit., 54.

de las circunstancias (cf. Mt 7,14; Mc 3,9; 1Ts 3,4; 2Ts 1,6; Hb 11,37)<sup>15</sup>.

- στενοχωρέω (stenocoreo), literalmente indica apiñarse en un lugar estrecho, por lo cual se usa metafóricamente como verse angustiado (cf. Jos 17,15; 2 Co 4,8 y 6,12)<sup>16</sup>.

### 1.1. La angustia de los malos y la angustia de los buenos

Constatamos en primer término que la Sagrada Escritura no rehúye tratar el tema de la angustia, y a la par, asimismo, no adquiere dentro de ella un interés especial. Desde un primer momento debemos afirmar categóricamente junto con Balthasar, que la Palabra de Dios “la asume como una de las condiciones básicas del existir humano, para darle otro valor desde su supremo observatorio, lo mismo que todo lo humano es barro en la mano del Creador y Redentor”<sup>17</sup>.

La angustia en la Biblia se refleja como en tres aspectos: condición básica, universal y neutral del hombre y su existencia<sup>18</sup>. Y es que la existencia humana experimenta este hecho desde el momento en que aparece en este mundo, algo así como una suerte penosa que le toca afrontar al hombre en su paso por esta realidad, condición que está sellada en su estructura, condición básica, desde que nace hasta su muerte. Es universal en cuanto que esta penosa suerte afecta a todos los hombres sin excepción. Y esta angustia es neutral en cuanto que de la misma forma afecta a todos los seres humanos, sin hacer ninguna distinción, una condición que afecta a todos los hijos de Adán (cf. Si 40,1-7). Esta realidad es propia de la

---

<sup>15</sup> Cf. *ibid.*, 54.

<sup>16</sup> Cf. *ibid.*, 54.

<sup>17</sup> Hans Urs von BALTHASAR, *El cristiano y la angustia*, op. cit., 33.

<sup>18</sup> Cf. *ibid.*, 34.

criatura terrena, y como tal es “una condición que penetra tan hondamente que patentiza una especie de falta de suelo en la vida, de la cual no cabe huida ni apartamiento, ni siquiera en el rincón del sueño y de su pretendida inconsciencia”<sup>19</sup>. Todo lo penetra y ella brota de la verificación de la finitud, ya que los vivos al menos saben que un día morirán (cf. Qo 9,4-9; 11,7-8) y al hombre no le queda más que someterse a este destino y escuchar la suave exhortación de aceptar la angustia inevitable, querido por Dios: “No temas la muerte; es tu destino” (Si 41,3).

Así, en el primer acercamiento bíblico a este tema, podemos concluir que la angustia es algo que va conjuntamente a la existencia y “la aniquila atravesándola con la nada del antes y el después”<sup>20</sup>. Pero esta condición neutral, tan abrumadora en un primer momento, se ve superada por la diferencia radical de estar vueltos a Dios o el estar lejos de Él. De tal manera se puede distinguir dos situaciones totalmente opuestas: la angustia de los malos y la angustia de los buenos.

La angustia de los malos se ve reflejada de manera precisa en el libro de la Sabiduría (cf. Sb 17,1-18), cuando describe las tinieblas en Egipto que están relatadas en el libro del Éxodo (cf. Ex 10,21-23). Mientras que para los egipcios se cernían las tinieblas azuzándolos, con terrores indecibles, para los israelitas era todo claridad. Esta es la angustia total y en sus orígenes no está otra cosa que la esclavitud infligida a los de Israel. Y como resultado de esta situación podemos establecer que: “El principal efecto de la tiniebla es que separa, aísla, individúa, encarcela, encadena, interrumpiendo toda comunicación de persona a persona, y eso sin esfuerzo, con una sola cadena, en la que quedan ligados todos los así aislados”<sup>21</sup>. Incluso para los

<sup>19</sup> Cf. *ibid.*, 34.

<sup>20</sup> *Ibid.*, 35.

<sup>21</sup> *Ibid.*, 38.

malos la luz misma se torna en miedo y angustia, tal como lo afirma el santo Job: “De día, se encierran; no quieren ver la luz; tienen todos horror a la mañana, y las horas en que se ve claro les da un espanto mortal” (Jb 24, 16-17); o en este pasaje de Isaías: “Ay de los que quieren ocultar profundamente al Señor sus planes; cuya obra se realiza en las tinieblas, y que dicen ¿Quién nos puede ver y reconocer?” (Is 29,15).

Es importante denotar que en la Sagrada Escritura esta situación angustiada es producto, muchas veces, del terror interno que viven los malos, así: “El malo huye, aun cuando nadie le persiga” (Pr 28,1), o incluso: “Temblaron de miedo, cuando no había ninguna razón para temer” (Sal 53,6). En contraposición a esta situación, los buenos experimentan una llamada, una prohibición contundente, de no entrar en ella o de sentirla siquiera<sup>22</sup>. En incontables oportunidades en el Antiguo Testamento se oye la llamada a no tener miedo (cf. Is 41,10; Is 43,1; Si 22,23); el tener miedo es estar falto de fe (cf. Sal 118,6; 56,5; 46,3-4; 3,7; 23,4; 27,1-2). Para los buenos incluso la noche no trae terror consigo (cf. Pr 3, 24-25) y es como estar viviendo en la tierra prometida (cf. Dt 12,10; 1 R 5,5; Ez 34,27). En el Antiguo Testamento esta ausencia de angustia en los buenos es algo querido por Dios, que por otro lado están impregnados de angustia, pues sobreviene el miedo de los malos en cuanto se establece una relación con ese mismo Dios; pues Dios es el totalmente Otro, es “un fuego devorador y un Dios celoso” (Dt 4,24). De todas maneras se puede concluir, una vez exhortado a no tener miedo, con el profeta: “Solamente Dios sea vuestro temor y vuestro espanto” (Is 8,13). Podemos colegir en esta parte que “[l]a angustia de los malos es efecto y causa de su apartamiento de Dios; encierra y encarcela; es el signo de la ira de Dios levantado sobre ellos; mientras que la angustia de los

---

<sup>22</sup> Cf. *ibid.*, 41.

buenos tiene el sentido y la finalidad de abrirles hacia Dios en el grito angustiado que pide misericordia, y el signo de gracia de Dios levantado sobre ellos”<sup>23</sup>.

## **1.2. La angustia del Hijo de Dios encarnado y la angustia del cristiano**

El Señor Jesús había manifestado expresamente que Él no había venido para abolir el Antiguo Testamento (cf. Mt 5, 17-18; Lc 16,17) sino para darle cumplimiento o incluso, como destaca Balthasar, para su cumplimiento y completamiento; en lo referente a nuestro asunto, en el Nuevo Testamento ocurre una suerte de profundización de la angustia<sup>24</sup>. Una vez más se presenta la angustia a la humanidad en su conjunto, en el encuentro con Dios en ese día terrible del juicio (cf. Jl 2,31; MI 3,2; So 1,15; Is 13,6; Lc 21, 25-26; Ap 6,14.16-17; 20,11).

Hay en el Nuevo Testamento como una elevación de la angustia tanto de malos y buenos en niveles superlativos. En el primer caso tenemos unas espantosas visiones, que superan todo lo que se ha visto hasta ahora (cf. Ap 9). Lo mismo ocurre con la angustia de los buenos, una elevación que supera lo anterior. Se había visto en el Libro de la Sabiduría cómo Dios había desencadenado una situación en donde todo se presentaba como un espectro; en el Nuevo Testamento Dios también crea una situación parecida, pero en última instancia Jesús, el Dios revelado, aparece en medio de sus discípulos como un espectro que aterroriza (cf. Mt 14,24-27). Aparece a menudo en el Nuevo Testamento la experiencia de tantos que tiemblan y se echan atrás cuando Dios actúa en ellos; así ocurre con Zacarías (cf. Lc 1,12), María (cf. Lc 1,29), José (cf. Mt 1,20), Pedro (cf. Lc 5,9), aquellos discípulos en el monte Tabor (cf. Mt 17,6), las

---

<sup>23</sup> *Ibid.*, 49.

<sup>24</sup> Cf. *ibid.*, 49.

mujeres en la tumba (cf. Mc 16,8); Pablo (cf. Hch 6,9) o incluso los apóstoles que ven al resucitado (cf. Lc 24,34).

Pero todas estas experiencias angustiosas no tienen parangón con la angustia del Redentor. Solamente este hecho fundamental de la historia de la salvación, dará valor definitivo a la angustia. Y ello constituye además la diferencia insuperable entre el Antiguo Testamento y el Nuevo. Es una transgresión de todo el orden conocido hasta entonces (angustia de Job), es la angustia de Dios mismo; de tal manera que “Dios no había de hacerse hombre sino conociendo la angustia humana y tomándola en sí”<sup>25</sup>. En la carta a los Hebreos leemos con espasmo cómo el Hijo de Dios debía de hacerse semejante a sus hermanos ya que “por haber padecido él mismo y por haber sido probado, puede ayudar a los que son probados” (Hb 2,14-18). Dios mismo sumergiéndose en medio del abismo de la angustia, Dios infinito asumiendo nuestro lugar, para rescatar lo que estaba perdido. Así, Dios ocupa nuestro sitio, aquel que nos correspondía. En ese sentido podemos afirmar con von Balthasar que “es la angustia que Dios (en forma humana) padece por su mundo, que amenaza perdersele, y más aún, que por el momento *es* un mundo totalmente perdido”<sup>26</sup>. Pero en este acto inaudito muestra a los hombres para los que Él mismo se hizo hombre: “Es una angustia que él mismo quiso sin consuelo ni alivio, porque de ella había de salir para el mundo todo consuelo y todo alivio”<sup>27</sup>.

La angustia que experimenta Jesús no es una angustia más, es en realidad la angustia absoluta, una realidad de abandono que zarandea a cualquiera que escucha ese grito en la cruz cuando en esa hora, ya en medio de la oscuridad, cuando irrumpen las

---

<sup>25</sup> *Ibid.*, 52.

<sup>26</sup> *Ibid.*, 53.

<sup>27</sup> *Ibid.*, 53.

tinieblas: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27,46; cf. 27,45-52). En este momento inefable se abren unas brechas que rompen las puertas del infierno, hasta ello desciende la luz para irradiar la redención<sup>28</sup>. La Sagrada Escritura presenta a este momento como la hora del parto, “un terror como el de una mujer que pare” (Is 13,8). Para los cristianos es la luz que guía la angustia; desde la cruz, la angustia es fecunda, como esa figura del Apocalipsis de la mujer que da a luz (cf. Ap 12).

El cristiano lleva en lo más hondo de su ser la victoria de Cristo sobre todos los poderes y fuerzas; y entre ellas está sin duda la angustia: “la angustia de Cristo al tomar nuestro lugar en la Pasión, ha llevado a cabo la redención de toda la angustia humana, encadenándola y dándole sentido”<sup>29</sup>. De tal modo que no hay nada que le pueda hacer frente, puesto que Cristo, el Señor, lo ha vencido y dominado (cf. Jn 16,33); por ello podemos afirmar que el cristiano ya no puede tener miedo; ya que por la obra redentora de Jesucristo todo ha sido superado, y desterrado cualquier angustia, y esto no sólo de modo jurídico sino que entitativamente y en esencia<sup>30</sup>. Al cristiano no le está permitido tener angustia, puesto que él pertenece a Cristo, el triunfador sobre las huestes del mal. Por eso el escritor sagrado dice “No hay temor en el amor; al contrario, el amor perfecto excluye el temor, pues el temor supone castigo, y el que teme no es perfecto en amor” (1 Jn 4,17-18), y esto aún a pesar de las persecuciones y dificultades que se presentan en el camino de los creyentes. En todas estas situaciones adversas se oye como un estribillo que cala en las entrañas de los seguidores de Cristo: “no tengan miedo”.

---

<sup>28</sup> Cf. *ibid.*, 54-55.

<sup>29</sup> *Ibid.*, 57.

<sup>30</sup> Cf. *ibid.*, 58.

La relación del cristiano y la angustia en la obra de Balthasar que reflexionamos se sintetiza de manera extraordinaria en la formulación de tres leyes que expresan con claridad el pensamiento de este teólogo al respecto. La primera ley enuncia que el cristianismo redime al hombre de la angustia del pecado, aunque la condición a esa redención es la apertura a ella, y porque ella proviene de la cruz puede llevar a una nueva forma de angustia, fruto de la solidaridad católica. En cuanto a la segunda ley, se afirma que en tanto que nuestra condición de pecadores, incluso ya siendo creyentes, podemos volver a ese camino siempre; en tal sentido la angustia del pecado no se nos quita, sino que de acuerdo al sentir del Nuevo Testamento, se nos pone delante. Mas de esta situación engorrosa nos podemos librar en la medida que nos apropiemos de la fe viviente que brota de la Cruz. Y por último, la tercera ley establece que Dios no concede a nadie la participación de la angustia de su Hijo en la cruz sin antes no haberle provisto de la fuerza de la misión y todo el gozo proveniente de la fe, esperanza y caridad, para lo cual elimina en primer término la angustia del pecado<sup>31</sup>.

## **2. El vacío existencial en la esencia de la angustia**

La erudición del teólogo que nos acompaña en este recorrido de reflexión sobre la angustia se hace manifiesta al lograr una síntesis, en verdad magistral, por cuanto que recoge los aportes de la razón respecto a este asunto. De este modo sigue profundizando y horadando en la esencia de la angustia, y para ello da cuenta de las reflexiones de la filosofía, pero no claudica en acometer ese tema desde la teología.

De los aportes de la filosofía, ya desde Aristóteles se puede distinguir en cuanto al objeto de la angustia un doble mal: por un lado está el mal que destruye, supresor del ser, y por el otro lado

---

<sup>31</sup> Cf. *ibid.*, 63-78.

existe el temor del mal que trae consigo la tristeza; de tal modo podemos concluir con santo Tomás que el primer temor que se presenta al hombre se relaciona con la substancia y el segundo constituye una amenaza a la actividad<sup>32</sup>. En definitiva, todo lo que resume la amenaza natural es la muerte<sup>33</sup>. Pero en todo este bagaje “la antigua filosofía de la angustia tropieza con sus límites. Ha visto que la substancia está totalmente amenazada por la muerte. Pero ha descrito la angustia ante esta amenaza como una angustia condicionada, delimitada por una cercanía o una lejanía”<sup>34</sup>. De tal suerte que en la filosofía antigua se ha acercado a la angustia del animal que es un asunto diverso de la angustia espiritual, atingente en este artículo.

Por eso dilucida esta cuestión Balthasar afirmando: “El lugar de la angustia en el espíritu queda señalado por la relación recíproca de la trascendencia y la contingencia”<sup>35</sup>. Aunque habrá que entender a esta trascendencia como la posibilidad que tiene el espíritu de reconocer a un ente, y esto se da superando a todo ente individual y finito y entrever el ser<sup>36</sup>. En este desplazamiento del ente hacia el ser, el espíritu requiere de un escenario vacío, que permita aparecer todo y desarrollarse ahí. Y es además un proceso, este acto de conocimiento, en el que se da el “abandonar el suelo del ente y perderlo, para volver a llegar a él desde el ser, en que no se puede hacer pie, porque es inaprensible”<sup>37</sup>. En este sentido la angustia no tiene como ocasión al ente como tal, pero será así, si se lo considera en relación con el ser. Balthasar ahonda más la cuestión y se

---

<sup>32</sup> Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología I*, BAC, Madrid 2001, 479 (I, q. 48, a. 5c).

<sup>33</sup> Cf. Hans Urs VON BALTHASAR, *El cristiano y la angustia*, op. cit., 82.

<sup>34</sup> *Ibid.*, 83.

<sup>35</sup> *Ibid.*, 85.

<sup>36</sup> Cf. *ibid.*, 85.

<sup>37</sup> *Ibid.*, 86.

pregunta por la naturaleza humana, y en concreto por aquella naturaleza original creada por Dios, y la diferencia que hay con el hombre caído: “El vacío que se abre ahí, la causa de su angustia, ¿habría de atribuirse a una ausencia?; ¿y esa ausencia de quién, sino de su Creador y dispensador de gracia, el «dulce huésped del alma», el que eligió para morada suya?”<sup>38</sup>. Ya Kierkegaard había tenido una genial intuición, que en el paso de la vida en Dios, estado original del hombre, a la vida en pecado, hay un paso intermedio, una determinación intermedia. “Kierkegaard entiende esta «determinación intermedia» como la angustia que está latente en la base de la inocencia y la inconsciencia, en cuanto que el espíritu adormilado presiente en su hondura su infinitud y posibilidad, que se han despertado en él por las fronteras de la prohibición”<sup>39</sup>. La intuición del danés fue descubrir que en este estado original, si bien se da la paz y el reposo, sin embargo también dentro de ella pervive una discordia y agitación; mas en esta situación no hay contra qué combatir, y aquello no es otra cosa que la ¡nada! Y el efecto que produce esta nada es la angustia<sup>40</sup>.

El mérito de Kierkegaard fue el haber establecido el punto de origen de la angustia. Pero por otro lado podemos afirmar que no ha excavado en el contenido, y tal contenido no es otra cosa que “el vértigo ante el vacío que se abre dentro de la finitud del espíritu. Aquello ante lo que se angustia el espíritu no es el vacío de la nada de su propia dimensión interna, sino el vacío que se entreabre donde la proximidad de Dios y su concreción dejan lugar a una lejanía y un extrañamiento de Dios, a una relación abstracta con un «otro», con un «frente a frente»”<sup>41</sup>.

---

<sup>38</sup> *Ibid.*, 91.

<sup>39</sup> *Ibid.*, 92.

<sup>40</sup> Cf. *ibid.*, 92-93.

<sup>41</sup> *Ibid.*, 95.

Cuando el hombre se interna en esta lejanía y extrañamiento, ya es imposible desterrar a la angustia, ya es parte del hombre de ahí en adelante, por razón del vacío, y es que: “La angustia aparece con el vacío, y la Redención de Cristo no suprime este vacío. Es verdad que trae la plenitud de Dios, pero la trae introduciéndola en la forma de ese vacío”<sup>42</sup>. No por nada dice la Palabra de Dios de Cristo que se vació, o se entregó al vacío; lo llena, permanece y “está ahí como la plenitud no percibida, como la plenitud en el vacío”<sup>43</sup>.

### 3. Luces en medio de las tinieblas

Unas densas tinieblas han inundado de a poco a nuestro mundo. El hombre actual vive atrapado en medio de estas espesas brumas del vacío existencial, y el efecto inmediato es la angustia que se desprende como una humareda que lo impregna todo. En esta era de explosión tecnológica de una inmensidad de redes cibernéticas, vivimos aislados e incomunicados. Con razón podríamos llamar a nuestra sociedad actual una multitud solitaria<sup>44</sup>. Hemos sido testigos de cómo este fenómeno se ha instalado en nuestras vidas de manera solapada, tal como experimenta el protagonista de la obra de Sartre: “Algo me ha sucedido. No puedo seguir dudándolo. Vino como una enfermedad, no como una certeza ordinaria, o una evidencia. Se instaló solapadamente, poco a poco; yo me sentí algo raro, algo molesto, nada más”<sup>45</sup>. O acaso, como dice ese pobre cura rural de Bernanos: “No ha penetrado, estaba en nosotros. Creo más y más que lo que llamamos tristeza, angustia, desesperación, como

---

<sup>42</sup> *Ibid.*, 96.

<sup>43</sup> *Ibid.*, 96.

<sup>44</sup> Cf. Armando LEVORATTI, “Panorama de una crisis”, en A. J. LEVORATTI – P. R. ANDIÑACH – L. V. HERNÁNDEZ – H. JIMÉNEZ (eds.), *Comentario bíblico latinoamericano*, Antiguo testamento I, Verbo Divino, Estella (Navarra) 2005, 193.

<sup>45</sup> Jean-Paul SARTRE, *La náusea*, Seix Barral, Barcelona 1983, 12.

para persuadirnos de que se trata de ciertos movimientos del alma, es esta misma alma; que después de la caída la condición del hombre es tal, que no podría percibir nada en sí mismo ni fuera de sí mismo más que bajo la forma de la angustia”<sup>46</sup>.

Ahora bien, es en esta situación tan adversa donde los cristianos debemos hacer oír nuestra voz, no con falsos fatalismos que no hacen otra cosa que aterrorizar más a los hombres de hoy, que de por sí ya viven horrorizados ante estas tinieblas, pero tampoco podemos huir cobardemente a esta situación. Debemos afrontarlo y ser capaces de entrever la claridad en medio de la oscuridad que se cierne en nuestro mundo. No por nada el Papa Francisco ha optado por llamar *Evangelii Gaudium* (EG) a uno de sus documentos tan bellos, y en ella se nos recuerda que: “La alegría del evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento” (EG 1). No por nada la Iglesia del concilio Vaticano II ha sido capaz de entrever el gozo y la esperanza en medio de las realidades adversas de su tiempo (cf. GS 1); no por nada afirma el documento conciliar *Lumen Gentium* que la Luz de los pueblos es Cristo (cf. LG 1); asimismo los obispos de Latinoamérica en Aparecida no por nada afirman una vez más la alegría de ser discípulos y misioneros de Jesucristo: “La alegría que hemos recibido en el encuentro con Jesucristo, a quien reconocemos como el Hijo de Dios encarnado y redentor, deseamos que llegue a todos los hombres y mujeres heridos por las adversidades” (DA 29). Y asimismo, no por nada, el emérito papa Benedicto XVI dedicó su segunda carta encíclica a la esperanza cristiana, *Spe salvi*, por lo cual “aparece también como elemento distintivo de los cristianos el hecho de que ellos tienen un futuro: no es que conozcan los pormenores de lo que

---

<sup>46</sup> Georges BERNANOS, *Diario de un cura de campo, op. cit.*, 141.

les espera, pero saben que su vida, en conjunto, no acaba en el vacío” (SP 2).

Así entonces podemos comprender la realidad actual y entrever la claridad que Dios nos ofrece: “La concesión del sufrimiento cristiano, y aun de la angustia cristiana, por parte de Dios, es en el fondo, vista desde Dios, un aumento de luz y de gozo, una «tiniebla luminosa», porque es dolor de alegría, angustia de júbilo: señales de mayor confianza de Dios para el que cree”<sup>47</sup>.

## Conclusión

Hemos internado en las áridas disquisiciones de Balthasar desde aquel ensayo menor *El cristiano y la angustia*, ciertamente menor solamente en extensión, porque en verdad sus reflexiones tienen una fuerza impresionante y realmente iluminan el vacío existencial que vive el hombre de hoy. Para ello había que zambullirse a los cimientos de este fenómeno, reconocer sus estructuras internas, y conforme a ello ofrecer algunas luces que puedan iluminarnos. Ciertamente vivimos un *tsunami*, como ya lo dijo Víctor Codina<sup>48</sup>, que afecta todos los aspectos de nuestra vida. Será importante en esta situación abrírnos al soplar del Espíritu Santo, para poder distinguir hacia dónde se dirige ese soplo vital. No podemos ni debemos quedarnos en los anuncios agoreros de terribles fatalidades; “la mirada creyente es capaz de reconocer la luz que siempre derrama el Espíritu Santo en medio de la oscuridad” (EG 84). Los discípulos de Cristo caminamos en medio del vacío existencial de nuestra época contagiando la Alegría del encuentro que transforma vidas, aún las más vacías. Solamente la presencia del Señor, vencedor de muerte, puede llenar ese vacío, vértigo de nuestro tiempo.

<sup>47</sup> Hans Urs VON BALTHASAR, *El cristiano y la angustia*, op. cit., 99.

<sup>48</sup> Cf. Víctor CODINA, “La agonía de la cristiandad”, en *Cuarto intermedio* 89 (2008) 89.